

cuando la consciencia se detiene gravita sobre sí misma ahondando el sentido (sentimiento) patético de las cosas. De éstas fluye su verdad inmanente e intransferible, nosotros la poseemos sólo por el reflejo, como el agua la sombra. Sabemos entonces que no existe la verdad absoluta de uso colectivo como las monedas o los transatlánticos. No existe la verdad de que hablan los filósofos y los tontos. La verdad es tan individual y apartada que sólo se comprende como una necesidad correlativa del instinto al que guía controlando y este la expulsa al exterior para mantener sus cualidades de dominio.

¿Ah? Sí. Amo contradecirme. Es la voluptuosidad de los solitarios. La soledad contra mí mismo. Me defiende y me vence. Una mano avanza imperiosa y una consciencia busca el desquite. Pasión de lo difícil, goce del obstáculo. Me gusta amar lo sombrío, lo impreciso, lo que no se define ni se resuelve, lo que se enreda y se complica. Por eso mi espionaje es color de túnel, por eso mi vida ahonda su sima. Amo contradecirme, caricia sanitaria de la consciencia, alivio para el dolor de lo evidente, impulso hacia el sueño. En la contradicción siempre están convergiendo las aspiraciones inaprensibles, lo subterráneo inédito, lo que no alcanza a descubrir ni explorar, pero que, desesperados, lo sentimos existir rebullendo como un ciego la fiesta del color de las flores.—A R T U R O T R O N C O S O.

LUIS XV Y LA POMPADOUR

LUIS XV constituía la flor de la sociedad de su tiempo, no de la burguesía que venía formándose en los bajos fondos y que luego había de montar, y sí de la única sociedad que contaba hasta entonces: de la refinada y brillante. Rey absoluto, era esclavo inconsciente de un mundo atrasado. Y, espiritualmente, fué un anuncio, un precursor, del romanticismo. Cien años más tarde, hubiera podido ser confundido con los personajes de Byron o de Alfredo de Musset.

Estampa perfecta de sus tiempos, Luis XV ha sido injustamente disminuído. No pudo ser sino como fué. Frente a aquella frase de un egoísmo descarado que se le ha atribuído, «después de mí, el diluvio», puede oponerse otra que el rey dijo efectivamente a la toma de Quebec por los ingleses: «Sentí helárseme la sangre». Era melancólico, no indiferente. Niño regalón de una época relajada; heredero de la certidumbre de sus derechos divinos e inamovibles, era decidido en cuánto quería y consecuen-

cialmente limitado de visual: su universo era Versalles y de Versalles debía extraer,—o llevar hasta allí,—aun el objeto de sus placeres... Madame de Maintenon había disgustado demasiado a la última generación del siglo XII para que Luis XV inaugurara el otro siglo con devociones y con jesuítas. Joven, casi mozo, quería juventud en torno suyo; melancólico por instinto, experimentaba, por reacción, necesidad de crearse ambiente alegre... En cierta ocasión dijo a Choisel: «Puede Ud. estar seguro de que por mi parte no se verán damas estilo Maintenon». Y los usos del momento, además, eran favorables a tal género de reflexiones: el matrimonio había caído en menosprecio ridículo y la mujer más distinguida y más influyente entre las contemporáneas de Luis XV, mujer muerta casi en olor de santidad, había dado a luz en las gradas de una Iglesia, al niño sin padre conocido que debería ser D'Alembert, el filósofo...

La sociabilidad creada en el Hotel de Rambouillet había tomado cuerpo, estabilidad, y la vida de salón influía poderosamente. Había tertulias célebres donde se forjaba una especie de opinión pública, que, si no era extensa como se requiere hoy para que sea considerada como tal, era lo suficientemente intensa para que circulara, impresionándolos, entre los pocos que manejaban los negocios de Estado. La tertulia de las favoritas, cobró, naturalmente, importancia considerable y hubo abanicos con fuerza de ciclón... Alguien ha escrito que los políticos de entonces «danzaban al compás del minuet de la intriga». Política de alfilerazos y de ligerezas, las damas influyentes ocultaban a los personajes tras los biombo de sus departamentos y hacíanlos deslizarse suavemente sobre el parquet cuando ellos no satisfacían sus ambiciones personales o las de sus allegados...

María Leczinska era seis años mayor que su marido. No era bonita, pero sí agraciada. Modesta, dulce, resignada y devota. «La más bella alma de la Corte», decían los contemporáneos. Y fué sacrificada, por lo tanto, desde todos puntos de vista. Aunque fué madre nueve veces, el Delfín se hizo bastante de rogar para venir al mundo, y a la serie de princesas que le precedieron no se les buscaba nombre inmediato siquiera: tal era el despego del rey y de los cortesanos acerca de las recién nacidas. Luis XV las llamaba «Madame la Primera», «Madame la Segunda», y así sucesivamente, hasta llegar un día a exclamar furioso: «¡Madame la Última!»

La reina hubo de experimentar muy luego el distanciamiento de Luis XV, que nunca la amó. Ella, por el contrario, le quiso más a medida de que fué sintiéndose abandonada. Su amor llegó

a teñirse de tintes pasionales ahogados, y sólo su correspondencia íntima—conocida tarde,—ha dado la medida de la hondura de esa alma y de la profundidad de esas penas; penas sufridas en silencio e incapaces de abatirla en cuanto a sus deberes. Despreció intrigas de política y de alcoba y mereció el justo título de «la buena reina».

Empeñada la Corte en conducir al rey al adulterio, encontró en Mlle. de Charolais la ayuda necesaria. Poseía ella el Château de Madrid—construido en el Bosque de Bolonia por Francisco I. para teatro de sus citas galantes,—y reuníase allí cierta sociedad muy divertida. Nacida para la intriga amorosa, Mlle de Charolais se encargó por gusto especial y sin sacar partido práctico alguno de «corromper al rey», haciéndolo frecuentar a algunas damas que lo miraban con ojos prometedores. Luis XV, adolescente, criado en el respeto a la religión y en el temor del pecado mortal, aceptó, por fin, morder el fruto prohibido que le presentó la Condesa de Mailly-Nesle. Primera de tres hermanas que habían de ser una tras otra, queridas del Muy Amado: la Condesa, Madame de Vintimille y la Duquesa de Chateauroux. Estrellas filantes en la vida sensual de Luis XV...

Descorazonado ante la muerte de la Duquesa de Chateauroux y roído por el temor de Dios que parecía castigarlo en sus amores ilícitos, el rey languidecía y no hallaba agrado alguno junto a la buena María Leczinska. Penas y humillaciones habían envejecido prematuramente a la reina polaca, cuyo espíritu también se consumía. Continuamente se quejaba de que ni los más ínfimos placeres habían sido hechos para ella y refugiaba su desaliento en interminables oraciones. La sola gracia que conservaba era su afición a la pintura, pero Luis XV parecía no advertir la sensibilidad artística de su mujer: le era tan indiferente como su sensibilidad humana. Bosteza, pues, el rey en la sociedad de su esposa legítima, cuando aparece la Pompadour, «la del nombre pomponné», que rima tan bien con «amour», al decir de Saint-Beuve en sus «Causeries du Lundi».

A pesar de que a la nueva favorita le faltaba en un principio estilo cortesano y de que Luis XV decía «me divertiré educándola», supo ella por instinto atraerse al rey, entretenerle y animarle. Y evitó al monarca una neurastenia rebelde. Porque el

secreto del poder de la Marquesa consistió en esto: en que libró del tedio al Muy Amado: del tedio, que era el mal del siglo y el rey, a su vez, la víctima más destacada. Tomó la Pompadour el cuerpo y el pensamiento regios, embelleció la existencia diaria de la Corte y llegó aún a trastornar las ceremonias de Semana Santa, agregando a las naturales devociones y espectáculo acordados por la liturgia, algunas representaciones teatrales y conciertos; reuniones que en un comienzo verificábanse en los departamentos privados de Versalles y en los cuales la propia Pompadour, cantaba, danzaba, hacía música o encarnaba papeles que la embellecían y ponían en realce como actriz. De este deseo suyo de distraer al Muy Amado y de sus facultades artísticas innegables, nació el teatro de «les petits appartements», inaugurado con «Tartuffe», de Molière, en 1746. Iniciáronse aquí las labores de la Pompadour como Mecenas, ya que, sin presionar a nadie, logró por primera vez en Francia la unión de los nobles con los burgueses. Ella mismó dictó un «Decálogo» por el cual se regía la «troupe» a cuyo personal era grande honor pertenecer y para representar en la cual había que tocar mil influencias o un recurso único: la Pompadour, que era, además, quien repartía las butacas. Fué ganándose ella así a gentes de todos los bandos, a la vez que hizo crecer la afición teatral. Luego hubo que construir, en efecto, una sala de espectáculos, más vasta: el famoso Teatro de Fontainebleau, máquina admirable de quitar y de poner, montable en 24 horas y desmontable en 14. Con ello afianza la Pompadour sonados triunfos desde varios puntos de vista: como dama de influjos, como actriz y como joya particular del rey! Luis XV enajenábase de orgullo al verla tan completa en el desempeño de sus diferentes roles...

Había nacido esta mujer para que un rey la amara. Desde niña usaba un abanico pintado por Massé, en el cual Enrique IV aparecía echado a los piés de «la Bella Gabriela». La señora Lebon, especie de Madame de Thebes de la época, habíale predicho que sería el primer astro del reino; en su casa y en el colegio no la llamaban por su nombre, sino por el apodo de «Reinita», su madre no cesaba de repetirle: «bocado de Cardenal». Debido al complot de la atmósfera que respirara desde chiquitina, la Pompadour fué familiarizándose con la idea del porvenir a que estaba llamada, y, mientras mayores pruebas de amor recibía de su marido, el señor Lenormand d'Etioles, que la quería con locura, con mayor ahinco le amenazaba ella: «Dios nos libre de que me encuentre con Luis XV, ¡Te sería infiel en el acto!»

Dicho y hecho. La divisó Luis XV muellemente reclinada

en su carruaje forrado de azul, —color predilecto de la Marquesa;—coqueteó la dama al pasar, intrigóse el rey y el resto... sobrevino solo. Encuentros furtivos en bailes de máscaras, escapadas nocturnas con antifaz, juego de tira y afloja por parte de la Pompadour, acrecentaron la pasión del rey. Ochenta cartas le escribió Luis XV en el curso de un mes, con este lema exterior: «Fiel y Discreto». En septiembre de 1745 fué presentada oficialmente en la Corte Madame Lenormand d'Etioles y treinta días después tomaba posesión en Fontainebleau del departamento ocupado antes por la Duquesa de Chateauroux. Era la consagración absoluta. Madame Lebon, la pitonisa, fué recompensada con 500 Libras.

Y comenzó la Pompadour a ser la protectora efectiva de los ingenios de entonces. Quiso hacer del rey menos letrado el eje de la más letrada de las épocas, y le ponía continuamente de ejemplo, a Enrique IV, mientras jugaba con el abanico de Massé: «He ahí un rey al cual yo hubiera amado», decíale incitándolo. Luis XV no era lector ni artista, ni tenía, como Luis XIV, el amor natural, por las cosas bellas; pero permitió a la Pompadour que le rodeara a gusto de ella, fuera de que él mismo pertenecía al encantador siglo XVIII; fuera de que él era la estampa de propia época,—buenmozo, elegante y enamorado,—y fuera de que hacia donde quiera que se trasladara vivía en el marco más delicioso que es dable concebir. En torno suyo, todo era gracia: gracia en los jardines, en los salones, en el mobiliario, en los «bibelots» en la ropa de las mujeres y, sobre todo, en las mujeres mismas, embellecidas por las ropas y por las pelucas y por los lunares... En la propia Marquesa ¿no era mayor la gracia acaso que la hermosura?

Argenson, la encontraba mal conformada, pero atrayente y con talento. Es mucho concederle, porque Argenson, como Maurepas y Richelieu, la odiaban. Y el odio impide comprender, pues es tanto o más ciego que el amor y muchísimo más visionario... Leroy, subteniente de Versalles, juzgábala así: «esbelta, elegante, con cara de óvalo perfecto, de hermosos cabellos castaño-oscuros; con ojos tal vez demasiado grandes, orlados de pestañas sombrías; de nariz admirable, de boca encantadora, con dientes bellísimos, y dotada de la sonrisa más amable, así como también de la más suave piel del mundo». «Sus ojos, comenta el subteniente, son de un misterio particular, debido tal vez a lo indeciso de su color; sin la viveza de los ojos negros ni la ternura de los azules, ni la finura propia de los ojos grises, parece que su tinte único los hiciera aptos

para todos los géneros de seducción». «El juego de su fisonomía, agrega Leroy, era infinitamente variado».

La Pompadour debió ser hartó seductora desde el punto de vista espiritual porque físicamente, fisiológicamente, no estaba hecha para el amor. Se ha dicho que Luis XV encontró en ella la Rusia después de haber abandonado la Polonia... Madame de Hausset, «femme de chambre» de la Marquesa, dejó memorias íntimas asaz reveladoras, según las cuales la Pompadour procuraba despertar su naturaleza bebiendo chocolate con vainilla, comiendo trufas y masticando apio, que eran los afrodisíacos de su tiempo. Pero Jealatte habíale enseñado a cantar y a tocar clavecín; Guibaudet, a bailar; Crébillon a declamar; y dibujaba y ejecutaba agua-fuerte con la misma pericia con que montaba a caballo y con que lucía una «toilette»...

La vida de la Pompadour como favorita puede dividirse claramente en dos períodos: el de su juventud, en que bella, enamorada de las artes y de los placeres, fué el centro en torno al cual giraron el monarca, la Corte, Francia entera; y el de su madurez, a partir de 1748, en que aparece viviendo una época fatal más bien que fatalizándola ella misma, e inclinando su exquisita figura al paso de responsabilidades tan grandes como la Guerra de los Siete Años. ¿Ayudó a desmoronar el edificio?... Puede ser. Pero ¿quién hubiera podido evitar su derrumbamiento ya comenzado?... Pierre de Nolhac dice en estudios consagrados a Luis XV y a su época, que nunca ha faltado a Francia el hombre que debe salvar la nación en los momentos de crisis y que, sin embargo, al final del gobierno del Muy Amado, ese hombre faltó. «¡Es cobardía culpar a una mujer, agrega Pierre de Nolhac, de las culpas de que son reos los hombres ineptos!»

Con el auge de la Marquesa comenzó conjuntamente su lucha. Favorita primer-ministro, los ministros efectivos no la querían. Fueron sus enemigos mortales, pero ella se defendió como leona o... como mujer, y, a la larga, triunfó. «Mi vida es combate perpetuo,—discurría,—como la del cristiano». Dominó plenamente hasta 1751, época en que de amante pasó a ser amiga de Su Majestad. En 1754 perdió a Alejandrina, su única hija, en circunstancias que estudiaba el modo de emparentarla por matrimonio con la nobleza. Experimentó la Pompadour graves trastornos con el golpe y refugió su amor familiar en su hermano, Monsieur de Vandieres, para el cual soñó grandezas, a quien también quiso casar en la Corte, a quien hizo viajar como príncipe y a quien no logró sacar de su paso filosófico...

En 1756 pasó la Pompadour a ser dama de la reina y desem-

peñó tan bien su nuevo papel como si nunca hubiera sido otra cosa. Tuvo un período de «conversión» de cuya sinceridad se ha dudado, pero ante cuyo alcance diplomático hay que inclinarse. La Iglesia y María Leczinska, quisieron servirse de la ex-favorita para que condujera a Luis XV por buen camino. Y ella sacó provecho para ella: devota como estaba, con comunión diaria, no podía menos que aconsejar al rey que no hiciera vida adúltera, o sea, que no la reemplazara... Hasta el Papa escribió a la Marquesa agradecido a esta política de miras morales y aunque ella pasó por el dolor de ver que el rey dedicara a amores clandestinos una de las residencias que ella misma le había hermosado,—el famoso Parque de los Ciervos de Versalles,—vió, en cambio, que no había otra favorita oficial, y que ella seguía dirigiendo los negocios, a pesar de no compartir ya el lecho regio. Y esto hasta el día de su muerte.

Fué, en verdad, una mujer extraordinaria. Tuvo marcada afición por las construcciones e hizo alzar magníficos castillos. Fué protectora de Quesney, de Duclos, de d'Alembert, de Helvecio, de Buffon, de Voltaire, de Marmontel, de Montesquieu. A sí misma hacía llamar «enciclopedista». Poseía una excelente biblioteca. Su influencia la llevó a auspiciar la Fábrica de Porcelanas de Vicennes,—base de la de Sèvres,—y a contribuir eficazmente a la fundación de la Escuela Militar de Saint-Cyr. Renovó la industria de los gobelinos. Convivió, puede decirse, con los pintores, escultores, grabadores, orfebres, músicos y arquitectos de su tiempo. «Naturalmente, escribe Sante-Beuve, el estilo «Pompadour» existía en indicios antes que la Marquesa; pero ella lo resume, lo corona y lo personifica».

Recrudesció en esta señora la vieja manía de construir. A su afición por cambiar de domicilio se debieron numerosas construcciones. Ya no sólo las de su residencia particular, sino la de barrios completos, que ella animaba al instalarse allí o que iban creciendo, atendida la calidad de los habitantes que el prestigio de la Pompadour atraía a los alrededores. Así nacieron en París los «faubourgs» Sanit-Germain y Saint-Honoré. Creó, puede decirse, los «ermitages» algunos de los cuales no tuvieron otro objeto, según expresión de ella misma, que contar con un sitio íntimo, amable y alejado de la población en que habitaba la Corte, donde ofrecer al rey dos huevos «a la coque».

Con su ansia por agradar, auxiliada en su ingenio y facilitada su tarea por la facultad de aventar millones, la Pompadour fué más allá de favorecer el arte propiamente dicho: favoreció también la industria artística y su nombre ha quedado unido de modo ventajoso a todos los aspectos del Gran Siglo. Bautiza

con su nombre la mano de obra de su época, el vestido, el mobiliario y aun los accesorios de una civilización exquisita, refinada. Llevan su nombre, por entonces, el espejo, la chimenea, el diván, el abanico y consigue así crear un estilo, el estilo pompadour, llamado por otros rococó.

Varios escritores e historiadores han relegado a la Pompadour a la sombra o teñido de negro su figura. Aun los Goncourt, que han puesto de relieve el buen gusto de la favorita, se han dejado influenciar por los panfletos de la época y la han visto de alma fea y de corazón seco. Michelet tampoco ha sido humano al juzgarla. Unos y otros piensan demasiado en los despilfarros a que la llevaban sus aficiones de Mecenas, sin pensar cuánto le debe Francia a causa de su misma largueza, causante de tanta maravilla sorprendente hasta hoy. Voltaire, por su parte, se ha preguntado: «¿Qué quedará de ella?» y a sí mismo se ha respondido: «El Tratado de Versalles, que durará Dios sabe cuánto; «L'Amour» de Bouchardon, que será admirado por siempre, algunas piedras grabadas que sorprenderán a los anticuarios; un pequeño y buen cuadrado de Vanloo que será mirado de vez en cuando, y un puñado de cenizas...» Pero Marcelle Tineyre, que pertenece al grupo de rehabilitadores de la Marquesa, coge las palabras un tanto despectivas del famoso descreído y se alza tan alta con esta réplica: «Queda más. Quedan muchas obras maestras que han enriquecido los Museos de Francia y que serían más numerosas hoy si la estupidez revolucionaria hubiera respetado Bellevue, Crécy, L'Ermitage, desaparecidos como tantas otras maravillas de la vieja Francia. Quedan la Escuela Militar, la manufactura de Sèvres; todo un estilo decorativo y una encantadora imagen de la parisiense de «Tiere-Etat», que entra por vez primera en la historia a sentarse en el trono, aunque sea a la mano izquierda. Fué, por último, una de las más interesantes expresiones del siglo XVIII y aun cuando tenga detractores, tendrá también siempre enamorados»!—EUGENIO LABARCA.

TOLSTOY Y LA NUEVA LITERATURA RUSA (1)

LA celebración del primer centenario de Tolstoy, ha carecido de asenso unánime que debió caracterizarla, principalmente, por las particulares condiciones políticas en que vive el pue-

(1) Del interesante libro *Literatura Soviética*, del eminente profesor italiano de la Universidad de Nápoles, Ettore Lo Gatto.